

“Amarás al Señor, tu Dios, con todo el Corazón...”*

Salvador Carrillo Alday, M.Sp.S.

Es imposible amar a Dios si no amamos al hermano. El Apóstol Juan lo ha expresado con nitidez y energía:

“Si alguno dice: ‘Amo a Dios’, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve”: 1Jn 4,20.

El magnífico cuadro de las obras de misericordia, con que el Evangelista Mateo cierra el ministerio público de Jesús, proclama con urgencia el ejercicio efectivo del amor al prójimo: Mt 25,31-46.

¿Qué página más elocuente, a este propósito, que la parábola del buen Samaritano: Lc 10,25-37?

Finalmente, el mandamiento del amor mutuo fue el testamento supremo de Jesús, antes de dejar la escena de este mundo: Jn 13,34-35; 15,12-13.17.

Sin embargo, no deja de ser lícito y correcto dirigir la reflexión ya sea sobre el amor a Dios, ya sea sobre el amor al prójimo. La razón de ello es porque el precepto del amor al prójimo de ninguna manera cancela el precepto máximo de la Ley: *“Amarás al Señor, tu Dios”*, antes bien parece subrayarlo y ponerlo de relieve: Ama a tu Dios y manifiesta tu amor a él, amando a tu prójimo. (**)

I - El Amor a Dios, Precepto Máximo de la Ley

1. Amar a Dios

Pocos días antes de su pasión y resurrección, estando Jesús en Jerusalén, un escriba que había oído lo bien que el Señor había respondido a los saduceos acerca de la resurrección de los muertos (Mc 12,18-27), se le acercó y le preguntó:

“¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?”.

Jesús le contestó:

* Conferencia dictada durante el “Retiro de Sacerdotes”, celebrado en La Ceja (Ant.), Colombia. Jueves 25 de agosto de 1983.

** El tema general del Retiro de Sacerdotes fue “El amor”. Diferentes conferencistas desarrollaron los siguientes temas: El amor a Dios. El amor a nosotros mismos. El amor a los hermanos. El amor a la Iglesia.

*"El primero es: 'Escucha, Israel:
El Señor, nuestro Dios, es el único Señor;
y amarás al Señor, tu Dios,
con todo tu corazón, con toda tu alma,
con toda tu mente y con toda tu fuerza'".*

Y agregó en seguida, citando el precepto del Lv 19,18:

"El segundo es: 'Amarás a tu prójimo como a tí mismo'".

Y comentó:

"No existe otro mandamiento mayor que éstos": Mc 12,28-31.

Al responder a la pregunta que se le hacía sobre el primero de todos los mandamientos, Jesús no hacía sino remitirse al pasaje central del Deuteronomio 6,4-5, que era, por otra parte, la oración que todo buen israelita recitaba cada día como expresión-síntesis de su fe: *"Shemá" Israel...*

Dos exigencias fundamentales contiene esta confesión religiosa: fe y amor: cfr. 1P 1,8.

1º "Creer en su solo Dios", con todo lo que el verbo "creer" significa, es decir: sólo en él poner la confianza y sólo a él entregarse sin reservas, en la totalidad de la persona¹.

2º "Amarlo", y esto, con toda la potencialidad del ser humano, expresada en la repetición cuádruple del adjetivo *"todo"*, y en la enumeración explícita de las facultades más íntimas del hombre: *"con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con toda tu fuerza"*².

Esas palabras, que constituyen el precepto máximo de la Ley, no sólo el israelita jamás las deberá olvidar, sino que las repetirá constantemente, las cargará siempre consigo, las fijará como recuerdo visible a la entrada de su casa y las transmitirá de generación en generación.

He aquí la recomendación del predicador deuteronomista:

¹ El *monoteísmo absoluto*, primero en forma práctica, y luego también como afirmación teórica, es el dogma fundamental de la religión de Israel.

J. BONSIRVEN, *Judaïsme palestinien au temps de Jésus-Christ*. Supplément au Dictionnaire de la Bible. T. IV, col. 1147-1161. Paris, Letouzey et Ané 1949.

P. van IMSCHOOT, *Teología del Antiguo Testamento*. Fax, Madrid 1969. Pp. 65-76. G. con RAD, *Teología del Antiguo Testamento*. Cristiandad, Madrid 1972. Tomo I, pp. 270-272.

W. EICHRD, *Teología del Antiguo Testamento*. Cristiandad, Madrid 1975. Tomo I, pp. 201-208.

² El texto del Deuteronomio 6, 5 menciona solamente tres elementos: "corazón, alma y fuerza". El "corazón" (leb) abarca todas las dimensiones de la existencia humana; el "alma" (nefesh) es el principio de donde brota la vida: Sal. 13, 3; 84, 3; y el adverbio "mucho, muy" (meod) es traducido al griego y del griego a las demás lenguas por el sustantivo "fuerza". El texto evangélico añade la "mente" (dianoia), facultad del pensar humano.

E. JENNI / WESTERMANN, *Diccionario teológico manual del A.T.* Tomo I. Cristiandad, Madrid 1978. Art. "Corazón". (F. STOLZ), col. 1176-1185.

H. WOLFF, *Antropología del A.T.* Sígueme, Salamanca 1975. Pp. 22-44; 63-86.

*“Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy.
Se las repetirás a tus hijos, les hablarás de ellas,
tanto si estás en casa, como si vas de viaje,
así acostado, como levantado.
Las atarás a tu mano como una señal,
y serán como una insignia entre tus ojos.
Las escribirás en las jambas de tu casa
y en tus puertas”*: Dt 6,6-9.

2. Amar a Dios, porque El ha Amado a su Pueblo

Ahora bien, este precepto supremo del amor a Dios es en sí mismo obligatorio; su cumplimiento no puede quedar a libre elección, ni es materia de una opción indiferente. Es preciso amar al Señor. Y la razón de ello es clara, a la vez que profunda: este amor debe responder al amor con que Dios ha amado a su pueblo.

Israel es el Pueblo que Dios ha escogido, con el que ha sellado alianza eterna, al que ha hecho su propiedad personal, al que ha convertido en “reino de sacerdotes y nación santa”; Israel es, pues, el Pueblo de la elección, el Pueblo de la alianza³. Pero estos dos títulos no son sino consecuencia de un acto previo y fundamental de parte de Dios, un acto de amor:

“Pregunta, pregunta a los tiempos antiguos, que te han precedido desde el día en que Dios creó al hombre sobre la tierra... ¿Algún dios intentó jamás venir a buscarse una nación de en medio de otra nación por medio de pruebas, señales, prodigios y guerra... como todo lo que Yahveh vuestro Dios hizo con vosotros, a vuestros mismos ojos, en Egipto?”: Dt 4,32-34.

“No porque seáis el más numeroso de todos los pueblos se ha prendado Yahveh de vosotros y os ha elegido, pues sois el menos numeroso de todos los pueblos; sino por el amor que os tiene y por guardar el juramento hecho a vuestros padres... Has de saber, pues, que Yahveh tu Dios es el Dios verdadero, el Dios fiel que guarda la alianza y el amor por mil generaciones a los que le aman y guardan sus mandamientos”: Dt 7,7-9.

3. Manifestaciones Concretas y Exigencias del Amor

Este amor que Dios pide para sí no puede ser sentimentalismo puro y estéril, ni permite al Pueblo quedarse en un estado cómodo de privilegio y pasivismo, sino que impulsa a un actuar constante y a una práctica eficaz, como signos auténticos de la verdad del amor:

³ M. WEINFELD, *Berit - Alianza. Diccionario teológico del A.T.*, dirigido por Botterweck-Ringgren. Cristiandad, Madrid 1973. I 794-822.

La fórmula de la Alianza “Yo seré tu Dios y tú serás mi pueblo” se encuentra en Ex. 6, 7; Lv 26, 11-12; Dt 26, 17-18; Jr. 7, 23; 11, 4; 24, 7; 30, 22; 31, 1. 33; 32, 38; Ez 11, 20; 14, 11; 34, 30; 36, 28; 37, 23. 27; 2 Co 6, 16; Ap 21, 3.

"Y ahora, Israel, ¿qué te pide tu Dios, sino que temas a Yahveh tu Dios, que sigas todos sus caminos, que le ames, que sirvas a Yahveh tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, que guardes los mandamientos de Yahveh y sus preceptos que yo te prescribo hoy para que seas feliz?": Dt 10,12-13.

Así pues, varias son las exigencias del amor:

1ª Temer a Dios: temor que no quiere decir miedo, sino veneración, entrega reverente, respeto.

2ª Servirlo: que consiste en darle el culto que le es debido.

3ª Seguir los caminos de conducta que Dios mismo ha trazado y observar sus mandamientos, porque "obras son amores y no buenas razones"⁴.

4. Fidelidad de Dios

Dios ama y siempre es fiel a su amor. Más aún, la "fidelidad" (*emet*) es una de las características principales que manifiestan lo que es Dios; es una de las notas de su definición⁵. El hombre también ama, pero con frecuencia falla en el amor. La historia del Pueblo elegido bien podría sintetizarse en dos palabras: es la historia de la fidelidad de Dios y es la historia de la infidelidad del pueblo. El Señor bien conoce la condición humana, pues "*él sabe de qué estamos plasmados, se acuerda de que somos polvo*" (Sal 103-14). Por esa razón, el amor gratuito con que Dios ama al hombre se reviste siempre con matices de misericordia, de piedad, de compasión, y lleva consigo un constante llamamiento a levantarse, a convertirse, a recomenzar el camino del amor y de la fidelidad⁶.

⁴ El amor a Dios lleva consigo el cumplimiento de sus mandamientos y preceptos. Los Discursos del Dt 1, 1-4, 43 y 4, 44-11, 32 no son sino introducción exhortativa al Código deuteronomico que encierra las leyes que debe observar el Pueblo de la Alianza: Dt 12-26. Dentro del segundo discurso introductorio se encuentra ya el Decálogo, ley fundamental del judaísmo: Dt 5, 1-22. Jesús tuvo, por su parte, las mismas exigencias para aquellos que lo amaran: Jn 14, 15. 21; 15, 12-13. 17; Mc 7, 6.

⁵ Ex 26, 6; 34, 6; Nu 14, 18-19; Sal 86, 15; 103, 8; 145, 8. Estos textos fueron preparando la revelación de 1 Jn 4, 8: "*Dios es amor*".

⁶ "Jésed" = favor, gracia, amor de misericordia, bondad, etc.; "Rajamím" = misericordia, piedad, compasión;

"ahabáh" = amor; son términos que con frecuencia se acompañan.

Jésed y 'ahabáh: Jr 2, 2; 31, 3; Jésed y Rajamím: Os 2, 21; Jr 16, 5; Is 63, 7; Za 7, 9; Sal 25, 6; 40, 11; 51, 1.

H. J. STOEBE, *Bondad*. En *Diccionario teológico manual del A.T.* (Jenni-Westermann). T.I, col 832-861.

R. BULTMANN, *Eleos*. En *Theol. Dictionary of the N.T.* Eerdmans, Grand Rapids 1974. Vol. II, 479-482.

W. ZIMMERLI, *Xaris*. En *Th DNT*. Vol. IX, 381-387.

Jeremías ha dejado plasmado este pensamiento en aquel memorable dístico:

*“Desde lejos se me apareció el Señor (y me dijo):
‘Con amor de eternidad te he amado,
por eso he reservado misericordia para tí’”*: Jr 31,3.

Y el profeta de la consolación de Israel celebra ese mismo amor compasivo en un cántico lleno de inspiración y de lirismo :

*“En un arranque de furor
oculté mi rostro por un momento de tí;
pero con amor de eternidad
me he compadecido de tí...
Porque los montes se desplazarán,
y las colinas se correrán,
pero mi amor de tí no se apartará,
y mi alianza de paz no se moverá,
Dice Yahveh, que tiene compasión de tí”*: Is 54,8.16.

II - El Amor a Dios en la Nueva Alianza

1. El Amor de Dios al Mundo

Hasta este momento nos hemos detenido solamente en el amor que Dios exigía del hombre en la antigua Alianza. ¿Qué decir del amor que pide ahora en los tiempos nuevos, en la era mesiánica, en la etapa de la revelación plena traída por Jesús, el Hijo de Dios?

Es imposible hablar de nuestro amor a Dios, si primero no evocamos el amor con que Dios nos ama. Bástenos recordar dos textos claves.

1º Uno es del Apóstol Pablo.

“La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros”: Rm 5,8.

“El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará gratuitamente también con él todas las cosas? Pues estoy persuadido que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios, que se ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor”: Rm 8,32.38-39⁷.

2º El otro texto nos lo brinda San Juan.

“Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo Unigénito para que vivamos por medio de él.

⁷ El amor de Dios-Padre: 1Ts 1, 4; 2Ts 2, 13; Col. 3, 12; Ef 2, 4.
El amor de Cristo que se entrega: 2 Co 5, 14; Ga 2, 20; Ef 5, 2. 25-26; 1 Tim 2,6; Tt 2,14.

En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo como expiación por nuestros pecados": 1 Jn 4,8b-10.

"Y nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor, y quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios permanece en él: 1 Jn 4,16.

Por tanto, *"amémoslo nosotros, porque él nos amó primero": 1 Jn 4,19⁸.*

Es difícil sintetizar el rico contenido teológico de estos pasajes, pues tratar de hacerlo es casi repetir nuevamente los textos. Sin embargo, séanos lícito hacer la siguiente enumeración:

1. Dios-Padre es amor.
2. El ha amado al mundo desde siempre, a pesar de que somos pecadores.
3. El ha manifestado el amor que nos tiene, enviando a su Hijo Unico y entregándolo a la muerte, en expiación de nuestros pecados y para que tengamos vida.
4. El nos dará en Cristo Jesús todo lo demás.
5. Nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene.
6. Amemos a Dios, ya que él nos ha amado primero.
7. Si permanecemos en el amor, permaneceremos en Dios.
8. Nada podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor.

2. Nuestro Amor a Dios

Jesús nos dijo: *"Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón...".* Pero el Dios de nuestra revelación cristiana es "Padre, Hijo y Espíritu Santo"; y, refiriéndonos al Hijo, es el Hijo de Dios hecho hombre y que llamamos Jesús. Por tanto, amar a Dios es para nosotros:

- amar al Padre, como Jesús lo amó;
- amar a Jesús, como el Padre lo amó;
- amar al Espíritu Santo, como el Padre y Jesús lo han amado.

Mas, para amar es necesario primero conocer, ya que *"nihil volitum, nisi praecognitum"*; o como se dice popularmente: "Ojos que no ven, corazón que no siente". No podemos amar a Dios, si no lo conocemos. Y, ¿quién nos podrá dar a conocer a Dios? Jesús, revelación de Dios, es quien nos puede dar el conocimiento de su Padre, la manifestación de sí mismo y la revelación del Espíritu Santo.

⁸ El amor del Padre al Hijo: Jn 3, 35; 10, 17; 15, 9; 17, 23. 24. 26; al mundo: Jn 3, 16; a los discípulos: Jn 14, 23; 17, 26. El amor de Jesús al Padre: Jn 14, 31; a los discípulos: 11, 5; 13, 1.34; 15, 12; al discípulo: 13, 23; 19, 26; 21, 7. 15. 16. 20.

1º Para amar a Dios-Padre es necesaria una "re-velación", es preciso que se nos quite el velo que nos impide ver a Dios. Jesús lo declaró:

*"Nadie conoce al Hijo sino el Padre;
y al Padre nadie lo conoce sino el Hijo,
y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar"*: Mt 11,27; Lc 10,22.

1. El verbo "conocer" en las lenguas bíblicas implica, además de una adquisición de la mente, una connotación de afectividad y de amor; y en el caso presente, la partícula griega "epí", que antecede al verbo, enfatiza todavía más el sentido, indicando profundidad, hondura, intuición: "conocer con intimidad de amor".

2. El Padre y el Hijo —afirma Jesús— se conocen mutuamente en sus relaciones íntimas de paternidad y filiación. Este pasaje, de tonalidad joánica, expresa la conciencia clara que Jesús tenía de su filiación divina⁹.

3. "Re-velar", en griego "apocalypso", significa justamente levantar un velo que oculta algo que está allí escondido. Sin *re-velación* no podemos conocer y gustar quién es el Padre.

4. "A quien el Hijo se lo quiera revelar". Esa manifestación del Padre depende del querer de Jesús, de su voluntad, de su beneplácito; y sabemos que la misión suprema de Jesús fue manifestar el Padre a los hombres: cfr. Jn 1,18; 17,6.

2º Para amar a Jesús y al Espíritu Santo es necesaria también otra revelación: "Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae": Jn 6,44. "Todo lo que me dé el Padre vendrá a mí...": Jn 6,37. Somos un regalo del Padre para Jesús¹⁰. Y es igualmente Jesús y el mismo Espíritu Santo quienes nos revelarán quién es Jesús y quién es el Espíritu:

*"El que me ama, será amado de mi Padre;
y yo le amaré y me manifestaré a él"*: Jn 14,21.

Una vez más, la revelación es fruto y efecto del amor.
En cuanto al Espíritu Santo:

*"Pero el Paráclito, el Espíritu Santo,
que el Padre enviará en mi Nombre,
os lo enseñará todo y os recordará todo
lo que yo os he dicho"*: Jn 14,26.

⁹ Cfr. Jn 10, 14-15. 29-30. 38; 15, 9.

¹⁰ Tal vez nadie como S. Agustín ha comentado con tanta propiedad y poesía esa atracción del Padre que nos lleva a Jesús, sin violentar en lo más mínimo la voluntad y la libertad: "No vayas a creer que eres atraído contra tu voluntad; el alma es atraída también por el amor. Muestra una rama verde a una oveja y verás cómo atraes a la oveja; enséñale nueces a un niño y verás cómo lo atraes también y viene corriendo hacia el lugar a donde es atraído; es atraído por el amor, es atraído sin que se violente su cuerpo, es atraído por aquello que desea. Si, pues, estos objetos, que no son más que deleites y aficiones terrenas, atraen, por su simple contemplación, a los que tales cosas aman, porque es cierto que 'cada cual va en pos de su apetito', ¿no va a atraernos Cristo revelado por el Padre? ¿Qué otra cosa desea nuestra alma con más vehemencia que la verdad? ¿De qué otra cosa está el hombre más hambriento?" (Tratado 26, 4-6 sobre el Evangelio de San Juan; CCL 36, 261-263).

“Cuando venga el Paráclito, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí”: Jn 15,26.

El Cuarto Evangelio, enraizado en las obras y en las palabras de Jesús, nos entrega la reflexión profunda que el Evangelista ha hecho iluminado por la luz del Paráclito. El Evangelio de Juan es una revelación acerca de Jesús y del Espíritu ¹¹.

He aquí, pues, nuestro programa de amor a Dios.

a) Amar al Padre como Jesús lo amó.

El Evangelio es una continua proclamación del amor que Jesús tenía a su Padre. Amar al Padre y cumplir su voluntad fue la pasión de Jesús. El lo declaró con toda nitidez antes de dejar el cenáculo para ir a Getsemaní:

“Para que conozca el mundo que amo al Padre, y, como me ordenó el Padre, así lo hago: ¡Levantaos, vámonos de aquí!”: Jn 14,31.

El amor es “difusivo de sí mismo”, es decir, es eficaz, produce algo, da frutos. El amor tiene siempre un efecto, una resultante, una consecuencia. El verdadero amor nunca es estéril, siempre es fecundo. Jesús amó a su Padre con un amor obediente y humilde, de entrega total y de servicio al mundo; él entrega su vida al Padre por la salvación de todos los hombres, realizando así el proyecto de amor del Padre, el cual *“de tal manera amó al mundo, que dio al Hijo, al Unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna”:* Jn 3,16.

b) Amar a Jesús como el Padre lo amó.

“¡Tú eres mi Hijo, el Amado, en tí me he complacido!”, le dijo el Padre a Jesús en el Jordán: Mc 1,11. El Padre amó a Jesús desde siempre, y *“le dio el Espíritu sin medida”*, y *“puso todo en su mano”:* Jn 3,34-35. Jesús sentía el amor con que su Padre lo amaba ¹². Por eso nos dejó como testamento la última palabra que pronunció antes de entrar en el proceso de su glorificación por la cruz y la resurrección:

*“Padre, los has amado a ellos como me has amado a mí.
Padre, los que Tú me has dado,
quiero que donde yo esté, estén también conmigo,
para que contemplan mi gloria, la que me has dado,
porque me has amado antes de la creación del mundo.*

*Yo les he dado a conocer tu Nombre
y se lo seguiré dando a conocer,*

¹¹ En Jn 4, 10 aparece Jesús como el revelador de sí mismo y del Espíritu. Dos cosas ignora la Samaritana: Cuál es el Don de Dios y quién es el que está frente a ella. Si ella hubiera conocido quién es Jesús, le habría pedido a él y él le habría dado Agua viva (símbolo del Espíritu).- Jesús da a conocer al Padre: Jn 14, 6-11; Jesús es el revelador del Espíritu: Jn 14, 16-17. 26; 16, 26-27; 16, 7-15. Finalmente, el Himno “Veni, Creator Spiritus” canta: “Per te sciamus da Patrem, noscimus atque Filium, Teque utriusque Spiritum credamus omni tempore”.

¹² Cfr. nota 8.

para que el amor con que Tú me has amado esté en ellos, y yo en ellos": Jn 17,23b-24.26.

En varias ocasiones exigió Jesús amor, con exigencia de increíble radicalidad: *"El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí"*: Mt 10,37-38; cfr. Lc 14,26-27; Jn 14,15.21.23.24.

c) Amar al Espíritu Santo como el Padre y Jesús lo han amado.

Dejo a un lado el amor arcano con que el Padre y el Hijo han amado eternamente al Espíritu Santo, y sólo destaco que amar al Espíritu Santo es, siguiendo el ejemplo de Jesús, dejarse llenar del Espíritu Santo, corresponder dócilmente, suavemente y fuertemente a sus mociones, a sus impulsos, a sus iluminaciones¹³. Amar al Espíritu Santo es, también, ser para él como fue la Santísima Virgen María: concedora de sus secretos y obediente seguidora de sus inspiraciones¹⁴.

3. Pero, ¿Será Posible Amar a Dios?

Sí, es posible. Dios mismo ha querido solucionar ese ingente problema y nos ha capacitado para poderlo amar. San Pablo enseña:

"El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado": Rm 5,5.

Este es un texto de importancia capital. El primer don que nos hace el Padre es el Espíritu Santo; y de inmediato el Espíritu Santo, habitando en nuestro interior, derrama en nuestros corazones el amor con que el Padre nos ama. El Espíritu Santo es en nosotros como un manantial de amor, del amor de Dios, que jamás se agota.

1º *"El amor de Dios."*

El amor de Dios, es el fundamento último de la esperanza y le da una seguridad infrangible. Este "amor" es ante todo el amor con que Dios-Padre nos ama; en un segundo momento, ya que el amor es recíproco, con ese amor podemos amar a Dios como un hijo ama a su padre; y en un tercer momento ese mismo amor nos capacita para amar a nuestros hermanos, como hijos de un mismo Padre: Jn 17,26.

Este amor de "caridad" es además un amor activo, estable, permanente, perseverante. Por tanto, la caridad de Dios da seguridad a la esperanza, no sólo porque es divina, sino porque es un amor que da pruebas y es inmutable: Jr 31,3.

2º *"Ha sido derramado en nuestros corazones"*

Ese amor divino no está lejos de nosotros, sino que reside en nuestro corazón, es decir, en lo más íntimo de nuestro ser. Este carácter de inmanencia de la caridad divina funda constante e inmediatamente nues-

¹³ Cfr. Mc 1, 10-12 p; Mt 12, 18-21; Lc 4, 1.14. 16-22; 10, 17-22; 11, 14-20; Jn 1, 32-34; 3, 34.

¹⁴ Cfr. Mt 1, 18-20; Lc 1, 35-37; Hch 1, 14.

tra esperanza. El verbo "derramar, verter" es utilizado por el A.T. para referirse a realidades que vienen de Dios, como sus dones de sabiduría, de gracia, de misericordia: Is 32,15; Ez 39,29; Za 12,10; Sal 45,3.

Al escoger este verbo, Pablo quiso expresar el matiz en un don concedido con profusión y largueza, y puesto en tiempo perfecto indica una permanencia estable. El Apóstol habla, pues, de una plenitud espiritual infundida por Dios como efecto de su amor divino. Además, "derramar, verter" es una metáfora que quiere indicar las relaciones continuas que existen entre Dios y el creyente. Nuestra caridad no será sino una participación de la caridad divina. La caridad es como el lazo, el vínculo que une a Dios y al creyente, como el agua une la fuente y el río. Pablo pudo también tener en su mente la promesa de Joel: "*Derramaré de mi Espíritu*": Jl 3,1; cfr. Tt 3,6.

3º "*Por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado*".

La comunicación del amor de Dios es atribuida al Espíritu Santo como intermediario o agente divino inmediato. El Espíritu Santo viene a habitar en el corazón del creyente como en su Santuario personal, y al punto derrama a profusión el amor de Dios: 1Ts 4,8; 1Co 3,16; 6,19; 2Co 6,16; Ef 2,20-22.

El Espíritu Santo es el Don por excelencia de Dios: Jn 4,10; Hch 2,38; 8,20; 10,45; 11,17. Es el primer regalo que Dios Padre y Jesús hacen al creyente en el acto de su justificación. Y con él vienen los demás dones, comenzando por el amor. El Espíritu Santo, además, mora en el interior del justo como garantía segura y arras preciosas de la gloria futura: 2Co 1,22; 5,5; Ef 1,14¹⁵.

En resumen, el Padre y Jesús glorificado nos ungen con el Espíritu Santo, infundiendo en nosotros su Espíritu; y el Espíritu Santo a su vez nos unge derramando en nuestros corazones el amor de Dios, esto es, el amor con que nos aman el Padre y Cristo Jesús el Hijo. Somos los ungidos por el Espíritu Santo con el amor del Padre. Y de esta manera, ungidos con ese amor divino, podemos ya amar al Padre, a Jesús, y al mismo Espíritu Santo; y amar enseguida a nuestros hermanos¹⁶.

4. "Amar en el Espíritu Santo" — "Amar con el Espíritu Santo"

La santidad —se ha dicho— consiste en la perfección del amor:

¹⁵ S. CARRILLO ALDAY, *Pablo Apóstol de Cristo. A los Romanos*. Instituto de Sagrada Escritura, México 1980. Pp. 139-140.

C. SPICQ, *Agape dans le N.T.* T. II. J. Gabalda, Paris. 1959. Pp. 173-179.

¹⁶ San Agustín, a propósito del Salmo "*Cantad al Señor un cántico nuevo*", escribe refiriéndose a nuestro amor a Dios: "Un cántico es expresión de alegría y, considerándolo con más atención, es una expresión de amor. Por esto, el que es capaz de amar la vida nueva es capaz de cantar el cántico nuevo. Debemos, pues, conocer en qué consiste esta vida nueva, para que podamos cantar el cántico nuevo. Todo, en efecto, está relacionado con el único reino, el hombre nuevo, el cántico nuevo, el Testamento nuevo. Por ello el hombre nuevo debe cantar el cántico nuevo porque pertenece al Testamento nuevo. Nadie hay que no ame, pero lo que interesa es cuál sea el objeto de su amor. No se nos dice que no amemos, sino que elijamos a quien amar. Pero, ¿cómo podremos elegir, si antes no somos nosotros elegidos? Porque, para amar, primero tenemos que ser ama-

"El amor es la Ley en su plenitud": Rm 13,10¹⁷. Y ¿quién si no el Espíritu Santo, que derrama el amor de Dios en nuestros corazones, es el que nos podrá guiar a la perfección del amor? Hay que pedir esa gracia al Cielo, de manera que seamos capaces de amar a Dios al impulso, bajo la moción íntima y soberanamente eficaz del Espíritu de Dios, o —según la expresión de algunos autores espirituales— "amar en el Espíritu Santo", "por el Espíritu Santo"¹⁸.

Pero, ¿qué significa la expresión "amar en el Espíritu Santo"?

Hay dos maneras como el Espíritu Santo nos mueve para amar. La primera es cuando, por el hecho de estar en gracia, el Espíritu Santo habita en nosotros y es el alma de nuestras operaciones. En esta forma, amamos al impulso del Espíritu, y también oramos, evangelizamos, y, en general, desarrollamos toda nuestra actividad humana: cf. 1 Co 10,31; Col 3,17. Es el terreno donde se ejercitan nuestras virtudes teologales y morales, movidas por nuestra razón.

Pero puede haber, además, en nosotros, una segunda manera de obrar. Y es cuando entra en juego una moción diferente del Espíritu Santo presente en nosotros, cuando nos mueve sobre nuestro nivel puramente humano, cuando entran en acción esas "perfecciones más altas" que nos disponen para ser movidos "al modo divino" y que reciben el nombre de "dones del Espíritu Santo"¹⁹.

Dos textos de la Sagrada Escritura pueden servir de base a esta afirmación.

1º Un texto sobre el gozo.

dos. Oíd lo que dice el apóstol Juan: *El nos amó primero*. Si buscamos de dónde le viene al hombre el poder amar a Dios, la única razón que encontramos es porque Dios lo amó primero. Se dio a sí mismo como objeto de nuestro amor y nos dio el poder amarlo. El apóstol Pablo nos enseña de manera aún más clara cómo Dios nos ha dado el poder amarlo: *El amor de Dios —dice— ha sido derramado en nuestros corazones*. ¿Por quién ha sido derramado? ¿Por nosotros, quizá? No, ciertamente. ¿Por quién, pues? *Por el Espíritu Santo que se nos ha dado*" (De los Sermones de San Agustín, Sermón 34, 1-3. 5-6; CCL 41, 424-426).

¹⁷ La Ley alcanza su plenitud en el ejercicio del amor. El amor a Dios es inseparable del amor al prójimo. Pablo, siguiendo la doctrina de Jesús, resume las exigencias de Dios en el precepto de la caridad: Lv 19, 18; Mc 12, 31 p; 1 Co 13; Rm 13, 8-10; Col 3,14.

¹⁸ Cfr. S. JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*. Canc. 3, n. 82: "... aquí ama el alma a Dios no por sí, sino por El mismo; lo cual es admirable primor, *porque ama por el Espíritu Santo*, como el Padre y el Hijo se aman, como el mismo Hijo lo dice por San Juan, diciendo: 'La dilección con que me amaste esté en ellos y yo en ellos' (17, 26)". Vida y Obras de San Juan de la Cruz. BAC, Madrid 1978, p. 1090.

¹⁹ S. TOMAS DE AQUINO enseña: "Oportet igitur inesse homini altiores perfectiones, secundum quas sit dispositus ad hoc quod divinitus moveatur. Et istae perfectiones vocantur dona: non solum quia infunduntur a Deo, sed quia secundum ea homo disponitur ut efficiatur prompte mobilis ab inspiratione divina, sicut dicitur Is 50, 5: "Dominus aperuit mihi aurem; ego autem non contradico, retrorsum non abii". Et Philosophus etiam dicit, in cap. "De bona fortuna", quod his qui moventur per instinctum divinum, non expedit consiliari secundum rationem humanam, sed quod sequantur interiorem instinctum, quia moventur a meliori principio quam sit ratio humana.- Et hoc est quod quidam dicunt, quod dona perficiunt hominem ad altiores actus quam sint actus virtutum" (Summa Theologica, I-II q. 68 art. 1).

"En aquel momento, Jesús se llenó de gozo en el Espíritu Santo, y dijo: 'Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños': Lc 10,21.

Este pasaje manifiesta la posibilidad de dos clases de gozo. Un gozo "ordinario", a nivel humano, brotado inclusive de la gracia; y un gozo "extraordinario" a nivel divino, fruto de un impulso, de una inspiración, de una moción particular del Espíritu Santo.

2º Un texto sobre la oración.

"De igual manera, también el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, pues no sabemos qué pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede con gemidos inexpressables. Y el que escruta los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, pues intercede por los santos, según Dios": Rm 8,26-27.

Según este texto, nuestra oración brota en este caso, no solamente de la fe (como puede ser y es nuestra oración ordinaria), sino de particulares mociones e impulsos divinos, que son llamados aquí los "*gemidos inexpressables*" del Espíritu Santo. Esto nos permite hablar de *la oración misma del Espíritu* en nuestro interior²⁰.

Pues bien, tratando del amor, sucede lo mismo. Todo acto de amor supone la acción del Espíritu Santo en nosotros. Sin embargo, el Espíritu de Dios entra a veces en acción de manera particular y misteriosa, nos impulsa con una especial moción que supera nuestras capacidades ordinarias, y entonces nuestro acto de amor es "en el Espíritu Santo", "con el Espíritu Santo", "por el Espíritu Santo". Esta manera de amar es posible, dado que hemos recibido de Dios una capacidad obediencial para ser movidos por el Espíritu Santo sobre el nivel de nuestra propia razón²¹.

De este amor, producido por una especial moción del Espíritu Santo, podemos afirmar que es, en modo excelente, el "amor-fruto" del Espíritu Santo, de que habla el Apóstol Pablo en su epístola a los Gálatas:

"El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, dominio de sí": Ga 5,22-23a.

²⁰ Ga 4,6; Rm 8, 16. 26-27; Ef 6, 18; Jds 20.

²¹ Cfr. S. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual* B. Cauc. 38, n. 3: "Porque, aunque allí no está perdida la voluntad de el alma, está tan fuertemente unida con la fortaleza de la voluntad de Dios con que de El es amada, que le ama tan fuerte y perfectamente como de El es amada, estando las dos voluntades unidas en una sola voluntad y un solo amor de Dios; y así el alma ama a Dios con voluntad y fuerza del mismo Dios, unida con la misma fuerza de amor con que es amada de Dios. La cual fuerza es en el *Espíritu Santo*, en el cual está el alma allí transformada; que, siendo El dado al alma para la fuerza de este amor, supone y suple en ella por razón de la tal transformación de gloria lo que falta en ella; lo cual, aun en la transformación perfecta de este estado matrimonial a que en esta vida el alma llega, en que está toda revertida en gracia, en alguna manera ama tanto por el *Espíritu Santo que le es dado* (Rom 5, 5) en la tal transformación". Vida y Obras de San Juan de la Cruz. BAC, Madrid 1978, p. 977.

Conclusión

Sí, podemos amar a Dios, porque él nos ha amado primero, y ha infundido su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que él nos ha dado. Ahí está el secreto del porqué y cómo nos es posible amar a Dios.

Somos, pues, portadores del amor de Dios, portadores del amor del Padre; y con ese amor podemos amarlo a él, amarnos a nosotros mismos como Dios nos ama, amar a nuestros hermanos como Jesús nos lo ha ordenado; y así, proclamarle al mundo, como agentes de la pastoral del amor, la Buena Nueva de que "*Dios es amor*" y de que nos ha amado con amor de eternidad.

Una misión grandiosa nos espera: "Ser testigos del amor de Dios y ser testigos del amor a Dios".